

SUPER SIZE ME Y FAST FOOD NATION. **LA DENUNCIA DE ALGUNAS REALIDADES** **INDECENTES EN TORNO A LA** **ALIMENTACIÓN HUMANA**

Macario Alemany

Universidad de Alicante

Entre las diversas finalidades que, como herramienta docente, puede cumplir el cine, una de las más importantes es la de hacer presente a los estudiantes problemas morales, poniéndolos en la tesitura de tomar una posición frente a los mismos. El cine ha demostrado a lo largo de su historia una gran eficacia para sacudir las conciencias, para hablar no sólo a la razón sino también a la voluntad. En contra de la guerra, por ejemplo, se pueden dar muchos argumentos, pero es difícil, si de lo que se trata es de persuadir al auditorio a favor de las vías de la paz, superar la contundencia de la película *Senderos de gloria* de Stanley Kubrick, o si de lo que se trata es de hacer ver el error (y el horror) de la violación de garantías procesales para combatir el terrorismo, podemos estar seguros (o casi) de conseguirlo proyectando *En el nombre del padre* de Jim Sheridan.

Junto a lo anterior, y quizás es lo más valioso, el cine puede ayudar no sólo a promover un cambio de actitud, o a fomentar el compromiso moral, sino a descubrir la existencia de un problema moral allí donde no se creía que lo hubiera. Éste es un sentido más radical de «hacer presente» un problema moral o político. El cineasta, como moralista, trata de iluminar las sombras morales de su tiempo, es decir, aquellas realidades indecentes de las que ni siquiera se tiene conciencia. Podemos estar seguros de que en nuestro tiempo convivimos con algunas realidades que habrán de escandalizar a las generaciones futuras por su inmoralidad, pero que la mayoría de nosotros ni siquiera es consciente de ello. De la misma manera que los contemporáneos se escandalizan de los antiguos que se creían decentes, buenos ciudadanos, y eran dueños de esclavos.

El proceso de descubrimiento de estas realidades indecentes debe ser muy similar en todos los casos: En primer lugar, su denuncia suscita extrañeza o, incluso, da pie a la broma, a la risa, entre la mayoría conforme con el statu quo, como si se tratara de una denuncia esnob. Pensemos, por ejemplo, en los primeros esfuerzos por reivindicar los derechos de los homosexuales. Pero, con el tiempo, se va ganando poco a poco respeto «para la causa» y lo que, en un principio, parecía esnobismo termina siendo visto como un preclaro posicionamiento

moral. Pues bien, en este convulso comienzo del siglo XXI, cada vez es más frecuente encontrarnos con reclamaciones morales contra un conjunto de prácticas, instituciones, empresas mercantiles, etc., que tienen como elemento común el participar en el mercado de la alimentación humana. Así, por ejemplo, Peter Singer, quizás el filósofo moral vivo más influyente en la actualidad, viene sosteniendo la importancia de reflexionar sobre la «ética de lo que comemos» (Singer y Mason, 2006). A su juicio, sorprende que generalmente no se considere que lo que comemos sea un asunto ético capaz de afectar a nuestro carácter moral al contrario de lo que ocurre con el sexo, a pesar de que la alimentación es una actividad más esencial y en la que absolutamente todo el mundo está involucrado (Singer y Mason, 2003: 3). En este contexto, hasta la gran pantalla han llegado algunos trabajos con una declarada finalidad de denunciar que algo muy grave está pasando con la alimentación: me refiero al documental *Super Size Me* y a la película *Fast Food Nation*.

En 2004, el cineasta independiente Morgan Spurlock nos sorprendió con un extraño documental, titulado *Super Size Me*, y en el que el propio Spurlock (convirtiéndose en director, productor, guionista y protagonista) se sometía al experimento de alimentarse exclusivamente en los restaurantes de la cadena McDonald's durante un mes, con el resultado previsible de un incremento de peso y algunos problemas de salud derivados de una dieta con demasiada grasa y azúcar. A pesar de que el experimento de Spurlock pudiera parecer demasiado tosco como para probar nada, el film nos ayuda a comprender algunas dimensiones centrales del problema: en primer lugar, el inmenso poder acumulado por estas compañías de comida rápida; en segundo lugar, la indiferencia de las autoridades políticas ante dicho poder; y, en tercer lugar, los perniciosos efectos sociales de la generalización de estos hábitos de alimentación. Con respecto a esto último, el efecto más directo es la incidencia de la obesidad en la población norteamericana, que ha sido calificada por los responsables de salud pública como de auténtica epidemia. Sin embargo, el espectador no puede por más que escandalizarse al descubrir cómo se manipula a los niños para convertirlos en ciegos consumidores de comida rápida (a través, principalmente, del omnipresente –y algo siniestro, si se me permite– payaso Roland McDonald). Igualmente, produce desazón la perspectiva de vivir, como señala uno de los entrevistados en la película, en un escenario de *Los Picapiedra*, en el cual, vayas donde vayas, el telón de fondo está integrado por los mismos establecimientos y marcas: McDonald's, Burger King, Wendys, etc. A Morgan Spurlock su aguerrido documental le valió el premio al mejor director, en la categoría de documental, del festival de Sundance y, en el mismo año 2004, una nominación al Oscar al mejor documental.

La irrupción de *Super Size Me* se produjo muy poco después de las sonadas demandas contra McDonald's interpuestas por el abogado Samuel Hirsch (famoso por algunos importantes pleitos contra tabaqueras). En particular, en el año 2002, en la demanda *Pelman vs. McDonald's Corp.*, se pretendía que McDonald's era responsable de los graves daños a la salud de las demandantes Ashley Pelman (14 años, 147 cms. y 77 kgs. de peso) y Jazlyn Bradley (19 años, 167 cms. y 122 kgs. de peso), ambas consumidoras, durante toda su vida, de los productos de la cadena de comida rápida. Más allá de las dificultades que hubo para probar judicialmente el vínculo causal entre el estado de salud de las demandantes y la actividad comercial de McDonald's, como destaca Juan Antonio Ruiz, Samuel Hirsch consiguió situar a la compañía en el centro de un debate público sobre los costes de su éxito empresarial y, desde entonces, por éstas y otras iniciativas, hay que reconocer que se han corregido algunas de las peores prácticas de los gigantes de comida rápida (vid. Ruiz, 2003).

Si el documental de Morgan Spurlock pone el acento en las consecuencias para la salud de la dieta *super size* que promueven McDonald's y, en general, las cadenas de comida rápida, la película *Fast Food Nation* pone el acento en las consecuencias sociales y políticas de la industria cárnica que provee de hamburguesas a los restaurantes. Podría decirse que mientras que *Super Size Me* se centra en lo que ocurre *desde que* la hamburguesa es despachada, fundamentalmente en el impacto en la salud pública, *Fast Food Nation* se centra en lo que ocurre *hasta que* la hamburguesa es despachada: desde el matadero hasta el mostrador.

La película *Fast Food Nation*, del director Richard Linklater, basada en el *best seller* homónimo de Eric Schlosser, se presentó en el Festival de Cannes de 2006. Linklater-Schlosser sitúan la acción en una frontera que separa dos mundos: el mundo rico del norte (USA) y el mundo pobre del sur (México). Esta circunstancia es determinante porque la máquina de producción rápida de carne que vamos a conocer se lubrica con las fuertes diferencias de riqueza a ambos lados de la frontera: se necesita, de un lado, un rico consumidor y, de otro lado, una mano de obra barata. Durante toda la película veremos una especie de *minuet* entre las escenas de los ricos y las de los pobres. Sin embargo, los problemas sociales, la falta de libertad, parecen desbordar a unos y otros.

Nada en la película de Linklater-Schlosser es casual, casi todas las escenas contienen una crítica social: En torno al negocio de Mickey's, una cadena de comida rápida, vemos como se van obteniendo los factores de producción: mano de obra barata gracias a la frontera, carne barata gracias a la explotación intensiva y gestión empresarial eficiente. La película ilustra lo que Ritzer ha tratado de explicar en profundidad en su libro *La McDonalización de la sociedad*: eficacia, cálculo, predicción y control son los barrotes de una contemporánea «jaula de hierro» (Max Weber) para los seres humanos (vid. Ritzer, 2006). Estos pilares de la racionalidad formal –eficacia, cálculo, predicción y control– requieren asegurar no sólo hasta los últimos detalles de la producción y distribución de la mercancía, sino también el comportamiento de los consumidores. En el consejo de ejecutivos de Mickey's vemos como Don (Greg Kinnear), vice-presidente de la empresa y creador de su último éxito comercial –la hamburguesa Big One– informa de cómo han ido los ensayos para introducir las minis Big Ones en los colegios. Todo el conocimiento acumulado sobre eficacia en la gestión empresarial se pone en juego en la explotación del mercado de la comida rápida.

El argumento arranca a partir de una investigación interna de la empresa Mickey's sobre la presencia de bacterias fecales en la carne de su producto estrella: la hamburguesa Big One. Alguien «de dentro» ha facilitado unas muestras de la carne congelada a un grupo de investigadores universitarios que son quienes, parece ser, han detectado «mierda en la carne» (como literalmente dice uno de los directivos de Mickey's). No hay que caer, sin embargo, en la simplificación de creer que Linklater-Schlosser tratan únicamente de denunciar un fraude alimentario, el argumento tiene mucho más alcance crítico. De hecho, como bien señalará el cínico Harry (Bruce Willis), quien había realizado los análisis de la carne en la empresa, basta con asar convenientemente las hamburguesas para que las bacterias fecales desaparezcan.

A la explotación humana, de la mano de obra inmigrante, se suma la explotación ganadera. Esta expresión, explotación ganadera, nos resulta puramente descriptiva, sin connotación moral alguna: los animales, a diferencia de los seres humanos, pueden (en sentido normativo) ser explotados, tratados puramente como un medio de producción, como una mercancía. Ahora bien, el sistema de granjas-factoría, que exige la eficiencia económica, ha convertido estas explotaciones ganaderas en algo muy diferente a lo que la expresión nos

sugiere. La mayoría de las personas siguen entendiendo por explotación ganadera una actividad relacionada con el campo, una actividad rural, cuando la realidad es que se trata de una actividad más cercana a la industria; el animal en las granjas-factoría es tratado como una pura cosa, es ya un producto desde su nacimiento y el único principio rector de su tratamiento es, de nuevo, la eficiencia: eficacia, cálculo, predicción y control.

La película transcurre en Cody (Colorado) en cuyo cartel de bienvenida leemos que se trata de «Un pueblo típicamente norteamericano», es decir, una encrucijada de dos calles principales, atestadas de franquicias, fundamentalmente de comida rápida, y rodeadas de zonas residenciales, grises e iguales, de pequeñas casas unifamiliares. Todo está medido y calculado para favorecer el consumo, las relaciones comerciales entre las personas están estandarizadas: la dependiente del Mickey's repite la misma letanía a todos los clientes, y lo mismo hará la conserje del hotel, quien se comporta como la puertas automáticas o las máquinas expendedoras de comida que se nos exhiben en la misma secuencia, sin variar ni una palabra de su operación, incluso cuando el cliente empieza a darle respuestas imprevistas. La alienación de los individuos es total a un lado y a otro de la frontera. El dinero que ganan los inmigrantes (más en un día que en un mes en México) es re-absorbido rápidamente por el sistema.

A las afueras del pueblo, una planta de la empresa Uni-Globo (se nos indica que, pese a tener una producción gigantesca, se trata de sólo una planta entre otras muchas de la empresa) es el origen de todas las hamburguesas Big One que se consumen a lo largo y ancho del país. Pese a que los habitantes de Cody parecen no saber mucho de Uni-Globo, una vista aérea nos enseña una vasta extensión de terreno ocupada por ganado, tan apretadas las reses que casi no vemos el suelo, sólo el color de los animales. En contraste, a lo largo del film uno de los pocos rancheros tradicionales que quedan en Colorado (Kris Kristofferson) le enseñará a Don su rancho: una inacabable pradera despoblada. De esta manera, se nos llama la atención sobre uno de los elementos cruciales del nuevo sistema de la granja-factoría: la concentración.

A partir de aquí, se desarrollan tres hilos argumentales que merecen destacarse para nuestros propósitos docentes: En primer lugar, la experiencia del trabajo en la factoría; en segundo lugar, la investigación sobre la polución en la carne; y, en tercer lugar, la emancipación de Amber (Ashley Johnson) tras la aparición de su tío Pete (Ethan Hawke).

El trabajo en la factoría se presenta como una suerte de descenso a los infiernos, en el que cada círculo nos acerca al horror. Los prolegómenos resultan inquietantes: Los trabajadores son provistos de trajes blancos, protecciones en manos y caras, cascos, cotas de malla; tantas precauciones y asepsia anticipan el peligro y la suciedad del proceso. Todo está organizado y medido hasta en sus últimos detalles, la racionalización taylorista de la producción es casi perfecta: la velocidad de las cintas transportadoras es la justa para que la selección sea posible, las tareas están segmentadas en sus operaciones más simples, las máquinas y los hombres se confunden en una suerte de máquina de nivel superior. La carne es el elemento común a través de la cadena: la vemos al principio manufacturada, convertida en una hamburguesa congelada, empaquetada, etiquetada, donde nada recuerda a su origen. Poco a poco, iremos avanzando a formas más reconocibles como partes de un todo, trozos más grandes de carne, más amorfos y heterogéneos. Paulatinamente, la asepsia y la seguridad van siendo vencidas por la suciedad, la sangre, los despojos, las cuchillas afiladas, el ruido ensordecedor. Se nos anuncia la existencia del *santa sanctorum* de la granja-factoría: el matadero. Como le

dirá Rudy, el viejo ranchero, a Don, el vicepresidente de Mickey's: «si no te han enseñado el matadero no te han enseñado nada, si no recuerdas tener sangre hasta los tobillos no te han enseñado el matadero». Antes de llegar a ese núcleo, un accidente laboral terrible nos mantiene la atención en la explotación humana. Sylvia (Catalina Sandino), cuya sensibilidad no soportaba la sola idea de trabajar en Uni-Globo, se verá abocada a pedirle trabajo al inmoral Myke (Bobby Cannavale), ya que la empresa elude la responsabilidad por el accidente laboral de su novio. Con Sylvia, la más vulnerable, entraremos, al fin, en la sala del matadero: los animales entrando por un cajón, la pistola en la cabeza, los mugidos horribles, el degüello, los litros de sangre, las pieles arrancadas con cadenas, vísceras, pelos, pezuñas, huesos serrados, chirridos. Tanta violencia en las imágenes trata de insistir en una idea: el gigantesco mercado de la comida rápida y, en general, los hábitos de alimentación de las sociedades ricas, requieren de una gigantesca matanza, una matanza de cifras mareantes. Gigantesca matanza que sólo puede ser mantenida a costa de técnicas de reproducción, cría y engorde de los animales que les genera una vida de sufrimiento inconcebible desde su nacimiento hasta su muerte. Gigantesca matanza que sólo puede ser mantenida por trabajadores involucrados en las más nauseabundas tareas que podamos imaginar.

El segundo hilo argumental, el de la investigación sobre las heces en la carne, termina con Don (Greg Kinnear) haciendo la vista gorda. La conversación con Harry (Bruce Willis) es decisiva: seguir moviendo el asunto puede acabar con la prometedora carrera de Don. Vemos con claridad meridiana los límites de las investigaciones internas, de la autorregulación por los agentes económicos tan puerilmente exaltada por el neoliberalismo. La empresa de Don es un organismo complejo diseñado para producir eficiencia económica, las consideraciones éticas son extrañas a ese organismo, la única pregunta práctica es ¿cuánto nos puede costar? ¿cómo podemos ganar más? Pero Harry nos deja otra perla, que constituye uno de los argumentos más frecuentes en contra de la intervención estatal: Cuando Don señala que los mexicanos contratados por Uni-Globo están demasiado expuestos a los accidentes laborales, Harry señala «¿Quieres decirles que sabes qué es lo que más les conviene? Pues a la gente no le gusta que le digan qué les conviene». Tenemos aquí el corazón ideológico de la «revolución conservadora» que ha permitido generar las condiciones para un lucro sin fin de las grandes corporaciones. A partir de esta premisa, cualquier regulación protectora de la sociedad, de los bienes públicos, de otras condiciones que fueran deseables más allá de las mínimas leyes de un mercado casi salvaje han sido presentadas como «paternalismo injustificado». Pero ese anti-paternalismo radical no es sino una ideología que ha conspirado contra la humanidad, permitiendo las mayores concentraciones de riqueza de la historia y las máximas desigualdades.

El tercer y último hilo argumental que me gustaría destacar sería el de la emancipación de Amber (Ashley Johnson) tras la aparición de su tío Pete (Ethan Hawke). Amber admira a su tío, que se nos aparece como un perdedor idealista que fue expulsado de la universidad por su actividad reivindicativa. Pete denuncia el empobrecimiento cultural que conlleva la expansión de las franquicias, recuerda a su pueblo antes de la invasión de los restaurantes de comida rápida, de los gigantes supermercados, de los establecimientos estandarizados. El pensamiento de Pete puede ser confuso, poco articulado, pero detecta que algo importante está siendo destruido y quiere transmitirle a Amber su inconformismo. No caerá en saco roto, Amber abandona su trabajo en Mickey's y entra en contacto con un grupo de universitarios que llevan a cabo una «acción» para denunciar los graves problemas sociales que causa Uni-

Globo: contaminación medioambiental, explotación de la mano de obra, crueldad intolerable con los animales, etc. De alguna manera, al final nos queda la esperanza de que entre esos pequeños grupos de universitarios pueda fructificar algún cambio ideológico, alguna forma nueva de pensar sobre nuestro tiempo, de denuncia de la estrambótica sociedad de consumo.

Recientemente, se ha estrenado en España el documental *Nosotros alimentamos al mundo* del director Erwin Wagenhofer, el cual trata el problema de la alimentación humana en el marco de la globalización. Este documental, que no voy a comentar ahora, incide directamente en el problema del hambre y en la situación de injusticia global. El hambre es, por así decirlo, el problema viejo, el que nunca se ha resuelto y que la actual crisis económica mundial está agravando. Hay una profunda unidad entre todos estos problemas en torno a la alimentación humana y que apunta hacia el elusivo concepto de globalización. Quizás la reflexión sobre algo tan cotidiano como los hábitos de alimentación nos permita ir arrojando luz sobre las sombras de nuestro tiempo. A mi juicio, tomar en consideración las distintas facetas de la alimentación supone asumir un saludable punto de vista materialista (los factores de los que depende la satisfacción de necesidades básicas son condicionantes igualmente básicos de las formas jurídico-políticas) y una visión un tanto conflictualista de la sociedad (hay intereses fuertemente contrapuestos y algunos de los intereses triunfantes conspiran contra la humanidad), pero sin abandonar por ello el contrapunto pragmático y, si se quiere, idealista (las ideas y las formas-jurídico políticas inciden también en las formas de producción y tiene sentido el esfuerzo por cambiar la realidad). En definitiva, creo que los trabajos de Spurlock y Linklater dan en el clavo y nos descubren algunas indecentes realidades.

BIBLIOGRAFÍA

- RITZER, George (2002), *La McDonalización de la sociedad. Un análisis de la racionalización de la vida cotidiana*, Barcelona, Ariel.
- RUIZ GARCÍA, Juan Antonio (2003), «El pleito contra McDonald's en los EE.UU. ¿Quién debe responder del sobrepeso?», *InDret*, nº 144, <http://www.indret.com>
- SCHLOSSER, Eric (2007), *Fast Food Nation. The Dark Side of the All-American Meal*, London, Penguin.
- SINGER, Peter y Jim MASON (2006), *The Ethics of What We Eat. Why Our Food Choices Matter*, London, Rodale.

